

ESTEBAN Y si es que hay espías entre nosotros, que  
tengan cuidado. Les conocemos.  
CHAVAL ¿Lo dices por mí?  
ESTEBAN ¡Quizás!  
CHAVAL No, es que te curas en salud.  
ESTEBAN Camaradas, ¡a la huelga!  
VOCES ¡A la huelga!  
JUANILLO Y a la riqueza. Filomenilla, vamos.  
FILOMENA ¿A dónde?  
JUANILLO ¡A por tu collar de perlas!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



## ACTO CUARTO

### CUADRO VI

#### LOS DRAGONES

Comedor lujoso en casa del señor Hennebeau. Puerta al foro. A la izquierda, el aparador, repleto de luciente cristalería. A la derecha el trinchante. Otra puerta a la izquierda. En el centro, la mesa puesta. A la derecha una amplia ventana que da a la calle. Sillas, etc., etc.

#### ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR HENNEBEAU y el SEÑOR RICHOMME, que entra por la puerta del foro. Después un CRIADO.

HENNE. ¿Qué hay, Richomme?  
RICHOM. Vengo a advertirle a usted, señor Hennebeau, que hoy no ha bajado ningún hombre a la mina.  
HENNE. ¿Y eso?  
RICHOM. Creo que es por el anuncio que puso ayer la Compañía en el despacho del cajero.  
HENNE. Tenemos huelga, por lo visto.  
RICHOM. Las señas son mortales. Vengo a recibir órdenes.  
HENNE. Que esté todo preparado lo mismo que si se fuera a trabajar. Pudieran muy bien cambiar de opinión, venir algunos...  
RICHOM. No lo creo. Acabo de recorrer el barrio de los obreros y he visto las casas cerradas a

- pie­dra y lodo. Parece que todo Montsou duerme a pierna suelta.
- HENNE. No importa. Y téngame usted al corriente de todo lo que suceda.
- RICHOM. Descuide usted, señor Hennebeau.
- HENNE. Es una contrariedad muy grande para mí. Mi mujer había convidado a almorzar hoy con nosotros a don Tomás y a doña Rosalía, con su hija Cecilia. Sí, mi mujer quiere casar a Cecilia con mi sobrino.
- RICHOM. ¡Ah, ya !...
- HENNE. Sí ; se le ha puesto esta idea entre ceja y ceja y ya sabe usted lo que son las mujeres cuando se empeñan en una cosa. El almuerzo debía de haber sido un almuerzo de aproximación. Sí, para que los chicos se traten y se vayan tomando cariño. Pero...
- RICHOM. No creo yo que haya inconveniente...
- HENNE. Sí, si... No sabemos el sesgo que pueden tomar las cosas.
- CRÍADO. Señorito, acaban de traer estos despachos para usted. (Se los entrega y se retira por la puerta del foro.)
- HENNE. (Abriéndolos y leyendo.) Esto se pone grave. La huelga se extiende como un reguero de pólvora. Me dice el administrador que en Santo Tomás y en la Magdalena nadie ha querido trabajar... En la Matilde sólo se han presentado los carreteros y los mozos de cuadra ; en San Esteban, la mina mejor disciplinada que tenemos, sólo una tercera parte de los obreros ha querido bajar al trabajo. ¡Ah ; pero esto es un levantamiento en toda regla !
- RICHOM. ¡Ah, pícaros !... ¡Y qué callado se lo tenían !
- HENNE. Telegráfíe usted inmediatamente al prefecto del departamento, a la Compañía, que nos manden un escuadrón de dragones y algo de infantería. No me pierda usted un momento.

- RICHOM. Está muy bien, señor Hennebeau. (Sale por el foro.)

## ESCENA II

EL SEÑOR HENNEBEAU y MATILDE, por la puerta de la izquierda.

- MATILDE. ¿Un telegrama ? ¿De quién es ?
- HENNE. De la Magdalena. Todos nuestros mineros se han declarado en huelga.
- MATILDE. ¡Ah ! ¿sí ? ¿Qué nos importa ? Por eso no vamos a renunciar a nuestro almuerzo, ¿no es cierto ?
- HENNE. Pues mira, no estaría mal que lo aplazáramos.
- MATILDE. ¿Aplazarlo ? De ningún modo. Ya sabes tú por qué he convidado a esa gente. Ese matrimonio debía de interesarte más que las majaderías de tus obreros. En fin, es un capricho que tengo. No me contraríes.
- HENNE. Bien, hija mía, haz lo que quieras ; pero conste que es una imprudencia.

## ESCENA III

EL SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE y PABLO NEGREL, por el foro.

- HENNE. ¿Qué hay, Pablo ?
- PABLO. Nadie rechista. Pero creo que quieren enviarte una comisión.
- MATILDE. Pero ¿quién mete en esos líos a una gente que vive tan bien ?
- PABLO. Tía, los aires del siglo.

## ESCENA IV

DICHOS, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA, por la puerta del foro. Después SILVERIA.

- MATILDE. (Sale a su encuentro. Se dan la mano. Las mujeres se besan.) ¡Ah ! ¿son ustedes ? ¡Qué valientes ! Así me gusta.

TOMÁS Pues, ¿qué pasa?  
 ROSALÍA ¿Ocurre algo grave?  
 MATILDE La huelga. ¿No se han enterado ustedes?  
 ROSALÍA No.  
 TOMÁS Nada sabíamos. Pero ¿eso qué tiene que ver?  
 PABLO Quizás...  
 TOMÁS ¡Bah! No hay por qué inquietarse. Son buenos chicos.  
 ROSALÍA Creo lo mismo que mi marido. Esa gente nunca se levanta.  
 CECILIA Con ir a visitarles y distribuirles limosnas...  
 TOMÁS Ya me tiene usted la fiera más mansa que un cordero.  
 MATILDE ¡Qué fastidio! ¿No podían haberse espedado a otro día? Van a echarnos a perder el almuerzo.  
 (La Silveria entra con el primer plato.)  
 HENNE. Señores, a la mesa.  
 MATILDE (Instalando a sus convidados.) Rosalía aquí... Cecilia a este lado; al lado de mi marido. Don Tomás a mi derecha. Pablo al lado de la novia. (Risas.) ¿Están ustedes contentos?  
 TOMÁS Tiene usted una mano de ángel, Matilde.  
 MATILDE Ustedes me dispensarán... Quería darles ostras, pero...  
 ROSALÍA Y eso, ¿qué importa?  
 TOMÁS Quiere usted callarse...  
 MATILDE La cocinera no quiso llegarse hasta Montsou. Tuvo miedo de que la apedrearán los huelguistas. (Risas.)  
 ROSALÍA ¡Qué tontería!  
 TOMÁS No había para tanto.  
 ROSALÍA No es tan fiero el león...  
 TOMÁS Tendría miedo de que la estropearan el palmito.  
 PABLO Después de todo, la pobre chica tuvo razón. ¿Verdad, Cecilia?  
 (Pablo y Cecilia, siempre que no toman parte en el diálogo, sostienen entre sí tierna y animada conversa-

ción. Pablo se muestra en toda la comida muy galante y solícito con ella.)  
 CECILIA Sí, Pablo.  
 TOMÁS Señores, he aquí un riquísimo salchichón, que de seguro no comerán los huelguistas.  
 HENNE. ¡Chist! Baje usted la voz. (Mirando con inquietud a la calle.) No hay necesidad de que se sepa que estamos pasando aquí un buen rato.  
 PABLO (Poniendo cara de miedo para asustar a don Tomás.) No estaría de más que corriéramos la cortina.  
 HENNE. A ver, Silveria, corra usted esa cortina. (Por la de la ventana.) Sí, no hay que provocar a la gente.  
 (Silveria entra y sale del comedor a cada paso, trayendo y llevando el servicio.)  
 TOMÁS (A Silveria, que le cambia los cubiertos, riéndose, pero sin dejar por eso de lanzar miradas inquietas a la calle.) Cuidado, Silveria, no haga usted ruido.  
 ROSALÍA (Riéndose también.) Sí; que no oigan el ruido de la plata.  
 TOMÁS (Al señor Hennebeau.) Creo que la crisis industrial se ha agravado.  
 HENNE. Tenía que suceder fatalmente. La prosperidad de los últimos años nos ha traído a esta situación.  
 TOMÁS (Al ver venir el nuevo plato que entra Silveria.) Señores, saludemos agradecidos este plato. Quién sabe si nos dejarán llegar al venidero... (Risas.)  
 HENNE. Cuando pienso que esa gente se ganaba antes en las minas el doble de lo que ahora ganan... Y vivían con holgura y adquirirían hábitos de lujo. Hoy, como es natural, les viene muy cuesta arriba el tener que volver a su frugalidad antigua.  
 MATILDE Don Tomás... Otra trucha. Están deliciosas, ¿no es cierto?  
 TOMÁS ¡Gracias, amiga mía! Nunca como aho-

ra se ha podido decir con más razón :  
No se pescan truchas a bragas enjutas.  
HENNE. Pero, pregunto yo : ¿Tenemos nosotros  
acaso la culpa? ¿No somos víctimas lo  
mismo que ellos de la situación general?  
MATILDE Perdices, don Tomás.  
TOMÁS ¿También? Pues, señor, veo que nos per-  
donan la vida. (Risas.)  
SILVERIA (Viendo de fuera.) Señorito...  
HENNE. ¿Qué hay? ¿Es algún telegrama? Dá-  
melo. (A sus comensales.) Espero algunos.  
SILVERIA No, señorito. Es el señor Richomme que  
quisiera hablar con usted, pero no se  
atreve a entrar.  
HENNE. Que pase en el acto. Nos trae noticias.

ESCENA V

Dichos y RICHOMME, por el foro.

HENNE. ¿Qué hay, Richomme?  
RICHOM. El barrio sigue tranquilo, pero han deci-  
dido una cosa... Va a venir una comisión  
de mineros, presida por Esteban.  
HENNE. Ese es el que les levanta los cascos. Ha-  
brá que ponerle a buen recaudo.  
RICHOM. Quizá dentro de pocos minutos estén  
aquí. (Intranquilidad en todos los personajes.)  
HENNE. Está bien. Infórmeme usted por mañana  
y tarde de todo lo que ocurra.  
RICHOM. Muy bien... Señores... (Sale por el foro.)

ESCENA VI

Los mismos menos RICHOMME.

CECILIA ¡Ay! papá, vámonos a casa.  
PABLO ¿Tienes miedo, Cecilia?  
CECILIA Si quieres que te diga la verdad, ¡mu-  
cho!

PABLO ¡Tonta! No tengas cuidado.  
TOMÁS Señores, apresuremonos a comer la ensa-  
lada rusa... No sea que nos la quiten de  
las manos.  
PABLO Silveria, ¿no hay pan?  
SILVERIA (En voz muy baja, en la que se refleja el miedo.) Sí,  
señorito. (Risas muy grandes.)  
MATILDE Habla más alto, hija mía; todavía no es-  
tán aquí.  
TOMÁS Cuidado, Silveria, porque esa gente se  
dedica al asesinato.  
PABLO Y a robar chicas bonitas.  
ROSALÍA ¿Y qué le parece a usted, señor Henne-  
beau? Durará esto mucho?  
HENNE. Todo lo más una semana. Pasarán el día  
en la taberna, y cuando el hambre les aco-  
se volverán al trabajo.  
PABLO Tío, yo no estoy tan tranquilo como us-  
ted. Esta vez están muy bien organiza-  
dos. Ese Esteban... Tienen también una  
caja de socorros.  
HENNE. No importa. Dentro de ocho días, los  
diez mil hombres están en las minas.  
ROSALÍA Pero esa pobre gente va a morirse de  
hambre.  
CECILIA Les repartiremos bonos de pan y de car-  
ne, mamá.  
MATILDE Pero, ¿ustedes creen en la miseria de los  
mineros? Se quejan de vicio.  
TOMÁS Es lo que yo digo.  
MATILDE Pues qué, ¿no puede darse por dichosa  
una gente que tiene casa, lumbre, médi-  
co y luego el sueldo suficiente para que  
no se muera de hambre?  
TOMÁS El peligro está en que cuanto más se les  
dé, más han de pedir.  
PABLO Yo no comparto el optimismo de uste-  
des. Me temo graves desordenes. Don  
Tomás, le aconsejo a usted que cierre a  
piedra y lodo su Villa-Cecilia. Podrían  
muy bien saqueársela.

- ROSALÍA ¡Ave María Purísima! No diga usted eso ni en broma, Pablo...
- TOMÁS (Con sonrisa forzada.) ¿Saquearme a mí? ¿Por qué?
- PABLO ¿No es usted el primer accionista de «La Victoria»?
- TOMÁS ¿Y qué?
- PABLO ¿Le parece a usted flojo el motivo? Usted no hace nada; usted vive del trabajo de los demás... Representa usted para ellos el odioso capital. Con eso basta. Tenga usted la seguridad de que si la revolución triunfa, le obligarán a usted a devolver su fortuna como si fuese robada.
- TOMÁS (Exaltándose por grados.) ¡Cómo! ¡Mi fortuna robada! Pues qué, ¿mi padre no ganó acaso con el sudor de su frente el capital que yo he empleado más tarde en acciones de minas? ¿Acaso no he corrido todos los riesgos de la empresa? ¿Hago yo un mal uso de mi dinero?
- CECILIA No hagas caso, papá; son bromas de Pablo. ¿No ves que quiere asustarte?
- MATILDE Cangrejos, don Tomás. ¿No le gustan a usted?
- TOMÁS Mucho, amiga mía. Yo no digo que no haya accionistas que no abusen de su fortuna. Pero nosotros que vivimos sin escándalo y sin ostentación, que no especulamos; que nos contentamos con vivir honradamente con lo que tenemos y que damos una parte a los pobres... ¡Ah! Sería preciso que los mineros fuesen unos bandidos para que robaran en mi casa un alfiler.
- MATILDE Pero no me ha dicho usted nada de los cangrejos, don Tomás.
- TOMÁS Riquísimos, Matilde. En cuanto a mis ideas políticas... Yo soy liberal.
- PABLO Pues yo voy más lejos que usted... Yo soy republicano. Ustedes, los burgueses,

- SILVERIA (Entrando con el café, muy asustada.) Señoritos... ahí está...
- PABLO ¿Quién? ¿El monstruo? (Grandes risas.)
- SILVERIA No, señorito. La comisión de mineros. Ya está aquí.
- HENNE. ¿La recibimos aquí?
- TOMÁS Sí, sí. ¡Quién dijo miedo!
- CECILIA ¡Ay! pues yo tengo mucho.
- HENNE. Sí. Que pase.
- TOMÁS Pero antes guardemos el azúcar. No se lo vayan a llevar. (Se mete en el bolsillo unos cuantos terrones de azúcar. Grandes risas.)
- CECILIA (Imitándole.) Sí... sí...
- TOMÁS Y los cubiertos de plata. Esconde los cubiertos, Cecilia.
- MATILDE (Al señor Hennebeau. Irónica.) ¿Podremos tomar el café?
- HENNE. Pues ¡claro!
- TOMÁS ¿Tú los has visto, Silveria?
- SILVERIA Sí, señorito. Vienen todos muy limpios; con sus trajes de los domingos.
- PABLO (Yéndose a asomar a la puerta del foro y volviendo a su sitio en seguida.) ¡Qué caras más patibularias!
- TOMÁS ¡Quiá, son todos buenos chicos!
- HENNE. ¡Silencio! Ya están aquí.

### ESCENA VII

- Dichos, ESTEBAN, BELISARIO y grupo de mineros; todos muy limpios, con sus trajes de cristianar, recién afeitados y con las gorras en la mano.
- HENNE. (Abotonándose militarmente la levita. Pausa breve. Los mineros, desconcertados, confusos, bajan los ojos. El señor Hennebeau recorre todo el grupo con mirada escrutadora.) Señores, ustedes dirán...

- BELISARIO (Dando un paso hacia adelante.) Señor director...
- HENNE. (Interrumpiéndole.) ¡Cómo! ¿Eres tú, Belisario? Un obrero tan prudente como tú, tan razonable, tan honrado, tan trabajador... ¡Ah! ¡no sabes tú lo que me lastima verte a la cabeza de los descontentos!
- BELISARIO (Con voz sorda y algo balbuciente.) Por eso, precisamente, señor director, porque soy un hombre tranquilo y razonable, es por lo que me han... por lo que me han escogido mis compañeros en esta... en esta solemne ocasión. Esto debe de probaros, señor director, que no se trata de un simple motín de alborotadores, sino de algo más serio y más grave.
- HENNE. Bien, ¿y qué es lo que ustedes quieren?
- BELISARIO No queremos más que justicia, señor director.
- HENNE. Pero ¿qué exigen?
- BELISARIO Que se nos pague más y afianzaremos mejor.
- HENNE. ¿Y nada más?
- BELISARIO Nada más. Sí, señor director, para tener que morirnos de hambre trabajando, preferimos morirnos sin hacer nada. ¿A qué matarse por una miseria?
- HENNE. Vuelvan ustedes a la mina, y entonces hablaremos.
- BELISARIO ¡Nunca! La hemos abandonado voluntariamente, y ninguno de nosotros volverá a empuñar la piqueta hasta que la compañía nos aumente el sueldo.
- HENNE. No es eso solo, no. Confesadme la verdad. (Mirando a Esteban.) Obedecéis en este momento a perversas excitaciones. Sí, ya veo que os han vuelto del revés, vosotros antes tan tranquilos, tan razonables... Se os alista en esa famosa Internacional, en esa partida de bandoleros,

- cuyo único sueño es la destrucción del mundo.
- ESTEBAN Os engañáis, señor director. Ningún minero de Montsou pertenece todavía a la Internacional; pero si se les empuja, si se les obliga a ello, todos se alistarán. Eso depende de la compañía.
- HENNE. La compañía cumple con su deber; ustedes pueden hacer lo que tengan por más conveniente.
- ESTEBAN ¿Es eso todo lo que tiene usted que decirnos, señor director?
- HENNE. (Secamente.) Sí.
- ESTEBAN Pues nos retiramos, dejándole a usted la responsabilidad de los sucesos que puedan sobrevenir. (Salen todos por el foro.)

### ESCENA VIII

EL SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE, PABLO NEGREL, DOÑA ROSALÍA, DON TOMÁS, CELIA y la SILVERIA. Después un CRIADO por la puerta del foro.

- HENNE. Eso me suena a una amenaza.
- PABLO Es una declaración de guerra.
- TOMÁS Pero ¿se atreverán esos brutos?
- PABLO Me parece que sí.
- MATILDE Silveria, abre la ventana de par en par. Que se vaya el olor de esa guntuza. (Silveria abre la ventana.)
- SILVERIA ¡Ay! señorita, forman grupos delante de la casa. Y por cierto nada tranquilizadores...
- CECILIA ¡Ay, mamá, qué miedo tengo!
- SILVERIA ¡Qué miradas echan hacia aquí!
- PABLO Veo que esos bergantes acaban por enfadarse. (En este momento una piedra rompe un cristal y va a caer al centro de la habitación.)
- HENNE. Y nos apedrean. Cierra, Silveria. (Suena un timbre. Aparece un criado por el foro.) Cierre usted todas las puertas de la casa.